

SANTOS HERCEG, José (2019). *Lugares espectrales. Topología testimonial de la prisión política en Chile*. Santiago: Editorial USACH.

El libro *Lugares espectrales. Topología testimonial de la prisión política en Chile* de José Santos es un libro anómalo, distinto, un libro que no puede ser leído sin dejarse afectar por una serie de extrañezas que lo atraviesan y quizás amenazan con darle sentido.

Si nos detenemos en su estructura, el libro se organiza en dos focos temáticos y narrativos. En primero lugar, el recorrido por la experiencia de la prisión política en Chile durante la dictadura cívico-militar de la mano de sus protagonistas, los prisioneros y sus testimonios. De esta manera, se deja ver que el primer y segundo capítulo (*I. Lugares precarios, II. Lugares de paso*), mantienen una unidad indiscutible centrada en el viaje hacia el horror que supone la experiencia de la prisión que se describe. El autor toma prestada la estructura narrativa clásica de la literatura del viaje, para acercarnos a la experiencia. En cierto sentido, esta estructura del viaje domestica, haciendo reconocible y abordable, la experiencia de la prisión política, que por las características tuvo en Chile durante el período, está prácticamente hecha para no llegar a ser sobrevivida. Adquieren relevancia notable en esta parte los testimonios mismos que toman la tarea de narrar la experiencia de este viaje.

Los dos últimos capítulos en cambio (*III. Lugares superpuestos y IV. Lugares espectrales*) se centran en los espacios mismos de la prisión política, se los clasifica, se presenta su deriva histórica, qué fue de ellos, se presentan algunas de sus características más propias. Estas se encuentran organizadas en torno a los distintos significados de la “espectralidad”. Es la imagen del espectro, que surge y gobierna toda esta segunda parte como

una metáfora, que, aunque mantiene vínculos claros con la primera, cambia el énfasis. Se centra más que en la experiencia de los testimonios (primera parte) en algunas reflexiones y discusiones que el autor elabora a partir de sus propias clasificaciones y en diálogo con otros autores (Carrasco, Derrida, Foucault). De hecho, en estos capítulos finales la narración de la prisión se desacopla un poco de la experiencia de los testimonios que le dieron origen, y se proyecta hacia un esbozo de reflexión acerca del significado de la misma.

Llama inmediatamente la atención en el libro, el material con el que está construido: testimonios de prisioneros políticos en Chile bajo la dictadura, que en su propia voz relatan lo vivido, lo que recuerdan, lo que piensan de esa experiencia. Si bien, la literatura testimonial cuenta con credenciales propias en los estudios culturales en general y de la memoria en particular, no son una materia de estudios exhaustivo ni existe hasta hoy una delimitación del campo de estos estudios en Chile. En este sentido, el trabajo de Santos es pionero en esta búsqueda del terreno a explorar. Como el propio autor reconoce, muchos de los testimonios recogidos y clasificados no son conocidos ni se encuentran disponibles en las librerías y bibliotecas chilenas, ni siquiera en aquellas especializadas en el tema de la memoria reciente. En este sentido, el *corpus* base del libro, es ya un aporte a los estudios acerca de la prisión política en Chile, en sus fuentes testimoniales. También es un aporte, la intención explícita de cartografiar ese territorio, estableciendo inicialmente las coordenadas de un campo de estudios.

Pero el libro no es un compendio de testimonios, ni un recorte de una parte de ellos. El libro es más bien un recorrido por esos lugares en las voces de los protagonistas y con ello una reconstrucción de la

López Merino, María José.

“*Lugares espectrales. Topología testimonial de la prisión política en Chile*, de José Santos Herceg”. Reseña *Kamchatka. Revista de análisis cultural* 15 (2020): 543-547.

DOI: 10.7203/KAM.15.16814 ISSN: 2340-1869

experiencia de la prisión, centrada en sus espacios menores, que van marcando los contornos de cada región recorrida. Hay un esfuerzo bastante consiente, por impulsarnos en este recorrido –sobre todo en la primera parte del libro–, sin mucha reflexión, sin mucha conjetura, ni conclusión, sino a la luz de las mismas voces testimoniales y la experiencia próxima que ellas nos permitan iluminar. El libro se abre así a una polifonía de voces que se van tejiendo y construyendo el mosaico de esos espacios espectrales de la prisión política en el Chile dictatorial. Su objetivo no es simplemente reunir y reproducir testimonios, sino

observar transversalmente el amplio campo testimonial chileno de prisión política, compuesto, como señalaba, por más de un centenar de ejemplos paradigmáticos. (15)

Así, el libro observa y muestra, parece querer quedarse en este mosaico de experiencias, a ras de piso, para que el sentido de eso que describe, siempre pegado a lo cotidiano, lo efímero, no se escape. *Lugares espectrales* recuerda a ratos obras clásicas de la fenomenología, que describen con total minuciosidad las experiencias más próximas. Es inevitable recordar obras como las de Merleau-Ponty¹, la fenomenología del espacio de Bachelard² o derechamente de la vida y el recorrido cotidiano del pensador chileno Humberto Giannini³.

Hay aquí no sólo una cuestión acerca de la reivindicación del testimonio y su verdad, que relata una experiencia única y paradigmática. Sino también, una tesis que, aunque apenas esbozada en la introducción, propone un objetivo propiamente

fenomenológico. Así el autor afirma:

El objetivo del libro es dar con una hebra de dicha experiencia primordial, originaria, de la prisión política: la proto-experiencia del lugar. (16)

Más adelante incluso el autor aclara:

Acceder a esta proto-experiencia del lugar sólo es posible, por supuesto desde la pluralidad de representaciones, desde las versiones diferentes, desde vivencias particulares. (17)

¿En qué consistiría esta proto-experiencia del lugar de la prisión política que los distintos testimonios, aunque modulándose de maneras diferentes nos permitirían reconocer como común? Algunas luces de esto nos entrega el recorrido por los distintos lugares: nos propone al menos el carácter de constante movimiento de los prisioneros, su condición de “viajero constante” lo que hace de estos espacios, lugares de paso, precarios, espectrales en tanto están a punto de desaparecer.

Una de las cuestiones fenomenológicamente más interesantes, es que el libro rescata las dimensiones muertas, cotidianas, incluso inesperadas de la prisión política. Está, por ejemplo, el rescate de la experiencia de ir al baño, dónde según distintos testimonios se abría la posibilidad, imposible en otros espacios de la prisión, de conversar con otros (140), o la experiencia del patio en aquellos lugares donde lo había, patio que hacía posible breves espacios para el esparcimiento o el juego (141) o la presencia la creación artística en medio del terror (228). Con el rescate de estas experiencias, el libro se sitúa en un espacio

¹ Merleau-Ponty, Maurice (1965) *Phenomenologie de la perception*, Paris: Gallimard.

² Bachelard, Gaston (1957) *Poétique de l'espace*, Paris: PUF.

³ Giannini, Humberto (1989) *La reflexión cotidiana*. Santiago: Editorial Universitaria.

poco visitado y a la vez incómodo de la prisión política: el extraño punto de encuentro de la cotidianidad con el horror.

Hay otro aspecto de esta reconstrucción que aparece muy bien logrado, la relación del narrador y las voces testimoniales. El narrador es un tejedor de las voces testimoniales, su tarea consiste en hilvanar esas experiencias, poniéndolas sobre la mesa, para ello utiliza una voz neutra que como un delgado hilo casi invisible va juntando los retazos testimoniales de la experiencia de la prisión política en Chile. Los retazos se hacen más visibles en el contraste con esta mirada neutra de un narrador que parece cirujano de la experiencia. Este contraste entre la voz patética (llena de *pathos*) del testimonio en primera persona y la voz neutra de un narrador se ve reforzada por mirada indirecta de la mediación, que hace posible ese propio narrador. Aparece así el testimonio en un marco mediado que intercede el narrador, director de la orquesta de voces, que las llama y las intercala, unas con otras. Este director, el narrador mismo, garantiza la mirada oblicua que el horror de la prisión política y su experiencia requieren para ser vistas y escuchadas. Funciona como un juego de espejos que permite al lector reflejarse e identificarse de manera indirecta con esos relatos, emocionarse con ellos, pero hacerlo desde un lugar seguro. Esto se ve alimentado también por el arte de la clasificación, la taxonomía constante a la que recurre constantemente el autor y de la que da buena muestra el índice del libro. Así la clasificación de la positividad cartográfica que guía y organiza el libro, permite sostener un narrador se mantiene prudente sin sobreinterpretar, que se limita a escuchar y ordenar las regiones de la topología del dolor que descubre.

En este sentido, el libro se abre como un

mapa de los testimonios, que permite a quienes no vivieron ni conocieron de cerca la experiencia de la prisión política en la dictadura chilena, ubicarse en esa experiencia, recorrerla e identificarse con ella. Una cuestión que me parece importante es que la pluralidad de voces convocadas, como la mediación de este narrador, director de orquesta e hilador de la historia, renueva el valor del testimonio y de su verdad ineludible para la memoria, pero no sacraliza el testimonio. No lo toma como una pieza de museo, sino que explora y expone sus voces, reelaborando su sentido, al ponerlo en relación con este plan cartográfico del autor. El testimonio no es nunca en este libro un fetiche, que se utiliza como realidad sagrada para exorcizar los horrores de la violencia, sino un espacio para pensar la realidad de lo que pasó. Una herramienta para comprender como diría Arendt.

Es desde este juego de espejos y las emociones que despiertan, de mediación e identificación, que algunos episodios recogidos de los testimonios resultan imborrables en su capacidad oblicua de iluminar la experiencia de la prisión política en su específico drama. Como el caso del suicido desesperado, último acto de libertad del prisionero Sanguinetti, recordado y relatado por el testimonio de Quinteros:

Fuertemente torturado en un barco de la armada Sanguinetti se arrastró hasta el borde de la cubierta que la separa de la bodega, y se dejó caer, con un ruido ensordecedor. El robusto Sanguinetti de 1.80 o más de estatura, murió por suerte instantáneamente. (152)

O el recuerdo del temor y el entusiasmo ante la liberación relatada en primera persona por Manuel Ahumada: “Estoy asustado, mis manos sudan. Tiemblo entero al cruzar la reja” (161). O, el tormento que

se experimenta en los primeros minutos, en el viaje de detención (Michael Boneffoy): “Denunciaré o no denunciaré? Hablaré?” (108), los ejemplos, de fragmentos paradigmáticos son muchos.

Otro elemento central del libro, es la aparición en la segunda parte del libro de la imagen del espectro. Al utilizar esta imagen el autor refiere a una constelación de elementos que parecen ser propias de los lugares de prisión en Chile. La imagen, es usada de manera multivoca, en sentidos diversos y con efectividades distintas. Por ejemplo, para referir a la tendencia a la desaparición de los lugares de prisión política (183) a su persistencia como espacios de resistencia y asedio, es decir, espacio de justicia pendiente (264). Pero también, los espectros son referidos como realidades que son parte de los relatos testimoniales que rodean a aquellos recintos que fueron prisiones políticas. La “espectralidad” refiere concretamente a experiencias de avistamiento, *poltergeist*, penaduras y maldiciones (235). Todas cuestiones, aunque pertinentes y sugerentes, pertenecen a órdenes de realidad y significación demasiado distintos como para pervivir en su real sentido al alero de una única imagen. De hecho, en esta segunda parte, se echa de menos la potente presencia de los testimonios que se evidencia en la primera parte. Los testimonios en la segunda parte perviven, pero ya en un segundo o tercer plano. Queda la pregunta acerca de si la imagen del espectro, una cuestión tratada ampliamente por el pensamiento filosófico y estético contemporáneo, no será quizás demasiado general a la hora de referir a la experiencia de la prisión política en Chile, en su peculiaridad, vivencia plenamente palpable en la que la primera parte del libro nos ha situado.

Sin embargo, probablemente lo más productivo de la imagen del espectro, surge el capítulo IV, cuando la imagen se utiliza para hablar de la deriva histórica de estos lugares una vez llegada la democracia, ya en el período de la post-dictadura. Tal como señala el autor:

El imaginario chileno, no sufre una modificación radical al recuperarse la democracia, estos lugares, que fueron cárceles, campos de concentración y centros de tortura, se consagran como espectrales. (255)

Es decir, continuaron siendo lugares olvidados a punto siempre de desaparecer. Esto deja ver una lectura del período, una transición a la democracia que se levanta sobre la negación y la urgencia del olvido, como requisito para una supuesta estabilidad. Así, la práctica tan chilena, de “correr un tupido velo” sobre la violencia y la prisión política de la dictadura, da una nueva espectralidad a los antiguos y semiolvidados espacios de prisión y tortura. Bajo la forma de una función fantasmal (261) o como el asedio de lo espectral (269), cobran un nuevo significado en una lectura eminentemente política del período de la postdictadura, hacia el final del libro. Lo que en definitiva sugiere Santos es el proyecto de recuperación y reconstrucción democrática es en sí mismo un proyecto espectral, que busca negar el pasado y la violencia de Estado, que es y no es, porque no ha sido mirado y asumido en su realidad y necesidad de justicia, todavía pendiente.

En estas horas, en las que la realidad del pasado reciente y su violencia se ha mostrado efectivamente como algo que no ha pasado y que vuelve intempestivamente a Chile, más que nunca resulta importante recuperar el sentido y alcance de esta “espectralización” de la sociedad chilena y su

transición a la democracia. Pasado que se hace presente como espectro de la injusticia y lo que no se ha elaborado. Pasado que no pasa, sino que vuelve a hacerse presente y a pedir cuentas, en una rueda trágica de un tiempo que verdaderamente amenaza con no llegar a ser, sin negarse tampoco a desaparecer.

MARÍA JOSÉ LÓPEZ MERINO
UNIVERSIDAD DE CHILE
(CHILE)
mjlopezmerino@gmail.com
<https://orcid.org/0000-0001-6975-4634>